

24º domingo del tiempo ordinario

DOMINGO DEL BANCO DIOCESANO DE ALIMENTOS
13 de septiembre de 2026



«El mensaje de Jesús es claro: Dios perdona de forma incalculable, excediendo cualquier medida. Él es así, actúa por amor y por gratuidad. Dios no se compra, Dios es gratuito, es todo gratuidad. Nosotros no podemos devolverlo, pero, cuando perdonamos al hermano o a la hermana, lo imitamos. Perdonar no es por tanto una buena acción que se puede hacer o no hacer: perdonar es una condición fundamental para quien es cristiano. Cada uno de nosotros, de hecho, es un “perdonado” o una “perdonada”: no olvidemos esto, nosotros somos perdonados, Dios ha dado la vida por nosotros y de ninguna forma podremos compensar su misericordia, que Él no retira nunca del corazón. Pero, correspondiendo a su gratuidad, es decir perdonándonos unos a otros, podemos testimoniarlo, sembrando vida nueva en torno a nosotros. Fuera del perdón, de hecho, no hay esperanza; fuera del perdón no hay paz. El perdón es el oxígeno que purifica el aire contaminado por el odio, el perdón es el antídoto que cura los venenos del rencor, es el camino para calmar la rabia y sanar tantas enfermedades del corazón que contaminan la sociedad».

FRANCISCO, Ángelus, 17 de septiembre de 2023.

«La salvación por Cristo»

El prefacio común II inicia refiriéndose al amor que impulsó al Creador a infundirnos vida. Por eso la Iglesia orante se dirige a Dios reconociendo: *«por amor creaste al hombre»*. En ese sentido el Concilio Vaticano II afirma lleno de convicción que el hombre es la *«única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo»* (GS 24). Nuestro origen es el amor de Dios y gracias al amor divino es que existimos. Es cierto que nuestra existencia está empañada por las caídas en el pecado, pero, aun así, Dios no renuncia a otorgarnos su amor. Todo lo contrario, Cristo es la prueba irrevocable de un Dios que sale de sí mismo, movido por su misericordia, para rescatar y elevar al ser humano a su más alta dignidad, según su designio original.

El mismo amor que lo llevó a crearnos es el mismo amor que nos ha manifestado en su Hijo hecho carne, amor en forma de misericordia: *«Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo»* (Ef 2,4-5). He aquí la autenticidad del amor divino que se mantiene inamovible. Esta es la razón por la que el salmista canta su alabanza diciendo: *«¡Den gracias a Yahveh, porque es bueno, porque es eterno su amor!»* (Sal 118,1; Sal 136,1).

Para aludir a la situación del pecado en el mundo, el prefacio declara que el hombre ha sido condenado justamente, poniendo en evidencia que el propio ser humano ha optado por rechazar el camino que Dios le traza; por ese hecho ha perdido su libertad y experimenta los amarres de una esclavitud que le impide orientar su vida hacia Dios. No obstante, *«para ser libres nos ha liberado Cristo»* (Ga 5,1).

Esta libertad se hace realidad con la obra de la redención, verdad expresada en el prefacio cuando le dice al Padre: *«con tu misericordia lo redimiste»*. Por medio de la redención, Dios ejerce su misericordia y se revela como un «Dios que es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación. El suyo es amor que no retrocede ante nada» (San Juan Pablo II, *Redemptor hominis* 9). Gracias a Cristo redentor, «el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es “confirmado” y en cierto modo es nuevamente creado [...]» (Ibíd., 10).

Perdonar de corazón, lógica del Evangelio

Una de las enseñanzas evangélicas más difíciles de vivir es sin duda la del perdón recíproco de las ofensas. Probablemente sólo en el cristianismo hay una exigencia tan estricta y tan revolucionaria de la mentalidad humana. Otras religiones predicán venganza y guerra santa. Perdonar y hacerlo de corazón no parece que entra en los cálculos humanos. Es algo tan divino que sólo Dios puede hacerlo y sólo de Él nos puede venir un precepto tan radical y novedoso. Y la fuerza para vivirlo. Es la lección del Evangelio de este domingo. En dos tiempos y con una conclusión.

El primer tiempo es la pregunta de Pedro acerca de las veces que tiene que perdonar a quien le ofende. Tirando por lo alto Pedro dice si bastan siete veces. Jesús lanzando la cuenta al infinito le dice que hasta setenta veces siete. Es decir, siempre. El segundo tiempo es la parábola del empleado inicuo que le llora a su amo para que le perdone grandes deudas y le chupa la sangre a su compañero para que le devuelva cuatro perras que le debe.

La sustancia de la parábola está precisamente en los contrastes; la deuda multimillonaria del siervo hacia su amo; la insignificante cantidad de lo que le debe su compañero. Lo que parece indicar que con Dios nos podemos endeudar hasta lo infinito. Y Él nos perdona. Con los hermanos nuestras deudas no pasarán de ser del mismo grado y siempre insignificantes. Por eso hay que saber saldar las deudas cuanto antes y eventualmente hay que saber perdonar de corazón.

A buen entendedor, parábola clara. Y es que lo del perdón no se entiende sino desde Dios. Desde su voluntad de perdonarnos y su deseo de que el amor llegue hasta curar las últimas y podridas llagas del odio. Perdonar, porque así lo hace Dios con nosotros; porque así lo ha hecho Jesús desde la cruz. Perdonar porque si ponemos en la balanza nuestras ofensas hechas a Dios, las deudas que Él nos salda y lo que a nosotros nos deben los demás, quejarnos y exigir reparación parece ridículo. Perdonar porque la lógica de la venganza crea más odio, más muertes, más llanto, más heridas. Perdonar porque Cristo desde la cruz dio la última suprema lección del amor y del perdón a los enemigos.

Hoy asistimos a un recrudecerse de los odios. En Palestina y en Líbano habrá siempre una generación que a causa de la guerra habrá crecido con la lógica del odio y de la

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 166-168.

venganza, a no ser que los cristianos recuerden el sacrosanto y difícil consejo de perdonar de corazón incluso a los enemigos y se empiece a sentir la fuerza del amor cristiano que llega a esos límites.

En un Congreso del Movimiento de los Focolares escuché el testimonio de un grupo de cristianos libaneses que en la guerra civil habían llegado hasta dar hospitalidad a quienes les habían matado hermanos y familiares. Algo heroico. Un miembro de una comunidad neocatecumenal confesaba en una trasmisión televisiva, ante la tumba de su padre asesinado por la mafia, el perdón de corazón para quienes lo habían hecho. Sólo en nombre de Jesús crucificado y resucitado se pueden hacer estas declaraciones. Sólo con la fuerza sobrenatural del Espíritu Santo que cura la llaga del odio se puede llegar a tanto. Y cuando se llega, estos cristianos demuestran al mundo la fuerza revolucionaria del amor.

Es cierto que existen situaciones en las cuales el perdón personal es posible, pero la reconciliación política y social es imposible y hay situaciones imponderables en las que el odio parece que prevalece inexorablemente sobre la fuerza regeneradora del perdón. Y la pagan los más débiles que sufren las consecuencias. En estos días en que el coro de la opinión pública apoya el bloqueo de Irak, me ha parecido importante que una voz se ha levantado en defensa de los débiles. Es la voz de un pastor de la Iglesia, el Arzobispo latino de Bagdad, el carmelita Libanés Mons. Paolo Dahda. Ha escrito a todos los jefes de estado recordándoles que pueden cometer una gran injusticia si no se dan cuenta de que en el conflicto del golfo están sufriendo los más débiles, como son los niños, los ancianos, los enfermos. Ha hecho su deber de pastor. Su palabra profética y valiente llama la atención porque en toda empresa de justicia humana hay siempre un resquicio por el que se cuelan miles de injusticias. Por eso la última palabra de la justicia divina es la misericordia y la última posible acción del amor cristiano es también el perdón.

Perdonar de corazón es llegar desde el propio corazón, purificado por el Espíritu, al corazón del hermano y volver a empezar desde la única realidad que puede hacer que la vida se renueve tras los traumas terribles del odio. El perdón del corazón no excluye el justo y medicinal castigo que la sociedad puede y debe infligir a quien ha cometido un crimen o una injusticia. Pero pone en medio de la frialdad de un código penal o la burocracia de los juicios humanos un toque de humanismo evangélico. Hemos de perdonar para ser perdonados; nos lo pide el Señor. Hemos de hacerlo de corazón, subraya el Evangelio, porque ahí anidan los odios o los amores, por ahí empieza la purificación y la renovación de las personas. Hemos de hacerlo, aunque nos cueste, porque a ello nos comprometemos orando con las palabras del Padre Nuestro.

Comentario a las lecturas bíblicas²

Eclesiástico 27,33. 28,9 – *«Perdona la ofensa a tu prójimo y se te perdonarán los pecados...»*

Prepara y enlaza muy bien con el Evangelio de hoy. Se trata del perdón de Dios. Él lo concede a quien sabe perdonar. El perdón que damos es la medida del que recibimos:

- «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos» (Mt 6,11).
- «Si vosotros perdonáis al prójimo sus faltas, también os perdonará las vuestras vuestro Padre celestial» (Mt 6,14).
- Así se portará con vosotros mi Padre celestial (os castigará), si no perdonáis cada uno a vuestro hermano de todo corazón» (Mt 18,35)

Es una fuerte llamada a la sinceridad: se atreve a pedir perdón, únicamente quien perdona. Unas últimas motivaciones: el fin del hombre que relativiza su mismo enojo y la alianza con el Señor que incluye una necesaria relación con los demás.

Romanos 14, 7-9 – *«En la vida y en la muerte somos del Señor»*

Orientaciones prácticas para que en la comunidad cristiana reine siempre el amor mutuo: Este amor hade llegar hasta el sacrificio propio por el bien del hermano, aunque sea un «débil» en la fe: uno que, a pesar de haber aceptado la fe cristiana, no se ha desprendido de reminiscencias del judaísmo o del paganismo (vv. 1-6). Pablo pide a todos que no sean fáciles en juzgar al hermano. Porque la vida de todos los hermanos pertenece al Señor, quien ha muerto y resucitado para dar vida a todos. De esta presencia de Cristo en el hermano debe brotar el amor cristiano (Cf. Lc 20, 38; Gal 2, 20; 1 Tes 5, 9-11).

Mateo 18, 21-35 – *«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»*

La autenticidad del amor al hermano se demuestra en el perdón al que nos ha ofendido. Dios, en la Antigua Alianza, se nos presenta como el Dios del perdón, clemente y compasivo, tardo a la cólera y lleno de amor, que no guarda para siempre su rencor, ni nos paga conforme a nuestras culpas» (Sal 103, 8-10). Si Él nos perdona, también nosotros hemos de perdonar a los que nos ofenden (Lc 6, 36). Nuestra generosidad en este perdón condiciona el perdón de Dios para con nosotros: «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudore» (Mt 6, 12, 18, 35). A ejemplo del Señor que «fue oprimido y no abrió la boca» (Is 53,7) para así justificar a muchos por sus desdichas (Is 33, 11), así también el que es de Cristo, en vez de devolver mal por mal e insulto por insulto, (1 Ped 3, 9), prefiere presentar la otra mejilla y orar por el que le ha ofendido (Mt 5, 44).

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 287-289.

Perdónanos como también nosotros perdonamos

«Perdona nuestras ofensas»

2839. Con una audaz confianza hemos empezado a orar a nuestro Padre. Suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados. Pero, aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios. Ahora, en esta nueva petición, nos volvemos a Él, como el hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32) y nos reconocemos pecadores ante Él como el publicano (cf. Lc 18, 13). Nuestra petición empieza con una “confesión” en la que afirmamos, al mismo tiempo, nuestra miseria y su Misericordia. Nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, “tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados” (Col 1, 14; Ef 1, 7). El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los sacramentos de su Iglesia (cf. Mt 26, 28; Jn 20, 23).

2840. Ahora bien, lo temible es que este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. El Amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano, a la hermana a quien vemos (cf. 1 Jn 4, 20). Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

... «como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»

2842. Observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida “del fondo del corazón”, en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu que es “nuestra Vida” (Ga 5, 25) puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús (cf. Flp 2, 1. 5). Así, la unidad del perdón se hace posible, «perdonándonos “como” nos perdonó Dios en Cristo» (Ef 4, 32).

2845. No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino (cf. Mt 18, 21-22; Lc 17, 3-4). Si se trata de ofensas (de “pecados” según Lc 11, 4, o de “deudas” según Mt 6, 12), de hecho, nosotros somos siempre deudores: “Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor” (Rm 13, 8). La comunión de la Santísima Trinidad es la fuente y el criterio de verdad en toda relación (cf. 1 Jn 3, 19-24). Se vive en la oración y sobre todo en la Eucaristía (cf. Mt 5, 23-24).

24º domingo del tiempo ordinario

DOMINGO DEL BANCO DE ALIMENTOS DIOCESANO

13 de septiembre de 2026

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».



Moniciones

Entrada

Bienvenidos, hermanos y hermanas, a esta Eucaristía dominical. Hoy Jesús nos invita a perdonar siempre, siguiendo el ejemplo del Padre misericordioso que no se cansa de perdonarnos. Por otra parte, hoy le pedimos al Señor que siga sosteniendo con su gracia la obra del Banco diocesano de Alimentos, al cumplir 10 años de fundación. Con estas motivaciones, participemos con fe de esta celebración.

Liturgia de la Palabra

En este momento escuchemos el llamado que Dios nos hace en su palabra: si él ha perdonado nuestras faltas, nosotros también debemos tener compasión de nuestros hermanos y perdonar de corazón sus ofensas. Estemos atentos.

Presentación de los dones

A pesar de nuestras faltas, el Señor nos trata con misericordia, prepara para nosotros este banquete eucarístico y recibe con agrado las ofrendas que le presentamos. No solo le entregamos pan y vino, sino el deseo sincero de comprender y perdonar a aquellos que nos han ofendido.

Comunión

Somos un solo cuerpo porque todos comemos del mismo pan. Cristo es el pan de vida. Este pan que vamos a recibir nos da la gracia de permanecer unidos como hermanos, dispuestos a reconciliarnos unos con otros.

24º domingo del tiempo ordinario

DOMINGO DEL BANCO DE ALIMENTOS DIOCESANO

13 de septiembre de 2026

«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».



Oración universal

Dios, nuestro Padre, manifiesta su misericordia perdonando nuestros pecados y escuchando nuestras plegarias. Con esta seguridad, oremos por medio de Cristo y movidos por el Espíritu. Digamos:

R/. Dios de misericordia, enséñanos a perdonar

- † Oremos por la Iglesia. Que el Espíritu Santo la siga animando en su labor misionera para que continúe proclamando el Evangelio del perdón, la misericordia y la reconciliación.
- † Oremos por Colombia. Que, al concluir esta semana por la paz y motivados por las enseñanzas del Maestro, prioricemos la necesidad de reconciliarnos como hermanos.
- † Oremos por los gobernantes de las naciones. Que superen las divisiones, resuelvan los conflictos y construyan puentes que mantengan unida a toda la familia humana.
- † Oremos por el Banco de alimentos de Zipaquirá para que el Señor bendiga esta obra diocesana y la renueve en la alegría de servir a los más necesitados, practicando la misericordia.
- † Oremos por nosotros. Que, en este mes de la Biblia, escuchando la Sagrada Escritura, aprendamos a compartir con nuestro prójimo el perdón que hemos recibido de Dios.

Padre de amor, que nos has enviado a Jesucristo,
príncipe de la paz y rostro de tu misericordia.

Escucha nuestras oraciones para que reine el perdón en el mundo.

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.